LA ME

ENTRE la muchedumbre
de sus hojas, el bosque
tiene una gota de agua,
de rocío, temblando;
una rama más débil
que las otras, truncada,
rezumando su savia,
que es la sangre del árbol,
inútil para el nido
del ave.
Inexorable,
con nostalgia de un tiempo
ya olvidado, la rama
recuerda que fue tallo
sosteniendo una rosa
o alguna flor silvestre
que allí creciera libre,
amiga de los pájaros,
bebiendo en los aljófares
de la luna, en el alba.
Y entre la muchedumbre
de las hojas del bosque,
las briznas de la hierba
y el perlado relente,
gota a gota, en el tronco
quedaba aquel recuerdo
de un corazón grabado
en la corteza áspera
de sus arbóreos nudos.
Irrestañable savia
temporalmente abría
las yemas, los muñones
del árbol, que sangraba

OSA

tu recuerdo en sus brotes
primaverales, húmedos,
renovados y eternos.
Y así fué tu memoria...
En la gran muchedumbre
de los confusos años,
de sus días, sus horas,
minutos y segundos,
fijabas con firmeza
y exactitud horaria,
el instante del éxtasis,
del suspiro ardoroso
culminado en el beso
mordido por tus dientes.
Y cada instante tuvo
en tu alma una fecha:
un 30 de septiembre
cuya inicial abrían
dos corazones juntos;
28 de octubre,
otoñal fecha ardiente
quemada en el ramaje
de los abrazos fúlgidos;
y otro septiembre, el 20,
repitiendo la llama
inapagable, roja
columna de aire y fuego
que sostuvo una estrella;
un 15 de diciembre
redivivo en tus ojos,
y un 27 frígido
de aquel febrero nuestro,
día a día esperado

con todos sus minutos
pendientes de tus pulsos.
Memoria enmarañada,
ramaje de caricias
derramando sus éxtasis
lentamente en tu cuerpo.
Misteriosa memoria
obediente al instante
del amor no olvidado,
aún vigente en el alma,
fugacidad que forma,
con minutos, los siglos...
Tiempo que ven tus ojos
detrás de cada lágrima
y que tu lengua moja
detrás de cada beso.
Memoria inderrocable
como la piedra misma
donde fuese grabada
toda señal eterna.
Conmemorando el beso,
eras el monumento
del amor, levantado
por manos de los dioses.
Inmemorial y mía
mientras que pasa el Tiempo.

(Inédito.)

ADRIANO DEL VALLE